

ARCO DE TRIUNFO

ERICH MARIA REMARQUE

ARCO DE TRIUNFO



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Arc of Triomphe*

Diseño de la cubierta: Edhasa, basado en un diseño de Pepe Far

Ilustración de cubierta: istockPhoto

Primera edición: abril de 2021

© 1945 by the New York University, sucesor interest to the literary rights to
The Estate of the Late Paulette Goddard. Remarque.

© Traducción de Selma Pereyra de Calimani,
cedida por Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

© de la presente edición: Edhasa, 2021

Diputación, 262, 2º, 1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares
del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total
de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía
y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares
de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra,
o consulte la página www.conlicencia.com

ISBN: 978-84-350-1022-1

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 2984-2021

Impreso en España

CAPÍTULO I

La mujer avanzaba en diagonal hacia Ravic. Caminaba con paso apresurado, aunque extrañamente tambaleante. Ravic reparó en ella sólo cuando se hallaba muy cerca. Vio un rostro pálido de pómulos salientes y ojos algo separados. Estaba inmóvil como una máscara; daba la impresión de estar hundido; y los ojos, a la luz de los focos, tenían tal vidriosa expresión de vacío que le llamó la atención.

Pasó tan cerca que casi lo rozó. Extendió una mano y la tomó del brazo. La mujer se tambaleó y se habría desplomado si no la hubiese sujetado.

La retuvo fuertemente.

—¿Adónde quiere ir? —le preguntó al cabo de unos instantes.

Ella lo miraba fijamente.

—Suélteme —murmuró.

Ravic no contestó. Seguía cogiéndola con firmeza por el brazo.

—¡Déjeme! ¿Qué significa esto? —La mujer movía apenas los labios.

Ravic tuvo la impresión de que ella no lo veía. Miraba como a través de él, hacia un punto indeterminado en la noche vacía. Él no era sino algo que la retenía y contra lo cual decía: «¡Suélteme!».

Se dio cuenta enseguida de que no era prostituta. Tampoco estaba ebria. Ya no la sujetaba con tanta fuerza. Si la mujer hubiera querido, habría podido desasirse fácilmente; pero ni siquiera reparó en ello. Ravic esperó un buen rato.

—¿Adónde quiere ir, de noche, sola, a esta hora, en París? —preguntó luego tranquilamente, soltándole el brazo.

La mujer callaba. Pero tampoco seguía su camino. Parecía como si una vez detenida en su marcha ya no pudiese reanudarla.

Ravic se apoyó en la balaustrada del puente. Sintió la aspereza de la piedra bajo sus manos.

—¿Tal vez allí? —indicó, con la cabeza, hacia atrás, abajo, donde el Sena se deslizaba susurrando sin tregua, con su brillo grisáceo, contra la sombra del Pont de l'Alma.

La mujer no contestó.

—Es demasiado pronto —dijo Ravic—. Es demasiado pronto y hace demasiado frío en noviembre.

Sacó un paquete de cigarrillos y se revolvió los bolsillos buscando fósforos. Notó que habían quedado sólo dos en la cajetilla de cartón y se inclinó con precaución para proteger la llama con la mano, contra la ligera brisa del río.

—¿Me da uno a mí también? —preguntó la mujer.

Ravic se enderezó y le mostró el paquete.

—Argelinos. Tabaco negro de la Legión Extranjera. Probablemente demasiado fuertes para usted. No tengo otros.

La mujer movió la cabeza y tomó un cigarrillo. Ravic le acercó el fósforo encendido. Ella fumó con prisa, aspirando profundamente. Ravic tiró el fósforo por la balaustrada. Cayó como una pequeña estrella fugaz en la oscuridad, y se apagó cuando tocó el agua.

Un taxi transitaba lentamente por el puente. El chófer paró. Miró hacia aquel lado y se detuvo un momento; luego prosiguió la marcha a lo largo de la húmeda, negra y lustrosa avenida George V.

Ravic se sintió cansado de pronto. Había trabajado duramente todo el día y no había podido conciliar el sueño. Por eso salió otra vez para tomar un trago. Pero ahora, de golpe, en la fresca

humedad de la noche avanzada, el cansancio se desplomó sobre él como una bolsa sobre la cabeza.

Miró a la mujer. ¿Por qué la había retenido, en verdad? Algo le ocurría, era evidente. Pero ¿qué le importaba a él eso? Había visto ya muchas mujeres a las que les sucedía algo, especialmente de noche, por lo común en París, y en esta ocasión, como en aquéllas, no le importaba un comino y sólo quería irse a dormir un par de horas.

—Vuelva a su casa —le dijo—. ¿Qué busca usted en la calle a esta hora? A lo sumo podrá encontrar molestias.

Levantándose el cuello del sobretodo se dispuso a alejarse. La mujer lo miró como si no entendiese.

—¿A casa? —repitió.

Ravic se encogió de hombros.

—A su casa, a su habitación en el hotel, llámelo como quiera. A algún lado. ¿No querrá ser detenida por la policía?

—¡En el hotel! ¡Dios mío! —exclamó la mujer.

Ravic se detuvo. «Otra vez alguien que no sabe adónde ir», pensó. Debía haberlo previsto. Siempre ocurría lo mismo. Por la noche no sabían adónde ir, y a la mañana siguiente habían desaparecido antes de que uno se despertara. Y entonces sí que ya sabían adónde ir. Era la vieja y barata desesperación de la oscuridad, que con ésta llegaba y se iba. Tiró el cigarrillo. ¡Como si no lo supiese hasta el aburrimiento!

—Venga, vamos a tomar una copita en algún lado —dijo.

Era lo más sencillo. Pagaría entonces, y podría marcharse; y ella que se las arreglara.

La mujer hizo un movimiento vacilante y tropezó.

Ravic la sujetó por el brazo.

—¿Cansada? —le preguntó.

—No sé. Creo que sí.

—¿Demasiado cansada para poder dormir?

Ella inclinó la cabeza afirmativamente.

—Es lo que ocurre. Venga, yo la sostengo.

Marcharon por la avenida Marceau arriba. Ravic sentía cómo la mujer se apoyaba en él. Se apoyaba como si estuviese a punto de caerse y necesitara un sostén.

Cruzaron la avenida Pierre I de Serbie. Más allá de la intersección con la calle Chaillot, la avenida se ensanchaba y a lo lejos apareció sombría y como suspendida en el cielo lluvioso la mole del Arco de Triunfo.

Ravic indicó una estrecha entrada iluminada, que conducía a una taberna.

—Aquí todavía encontraremos algo.

★ ★ ★

Era una taberna para conductores de taxis. Unos chóferes y algunas prostitutas estaban allí. Los hombres jugaban a los naipes. Las mujeres bebían ajenjo. Examinaron a la recién llegada con rápida mirada. Luego desviaron la vista con indiferencia. La más vieja bostezó ruidosamente; otra empezó perezosamente a maquillarse. En el fondo, un pinche de cocina, de cara malhumorada, estaba echando serrín sobre las baldosas y se puso a barrer el piso. Ravic se sentó a una mesita con la mujer, cerca de la puerta. Era más cómodo; luego podía irse más rápidamente. No se quitó el abrigo.

—¿Qué quiere tomar? —preguntó.

—No sé. Cualquier cosa.

—Dos calvados —indicó Ravic al mozo, que estaba sin chaqueta, con chaleco, y tenía las mangas de la camisa arremangadas— y un paquete de Chesterfield.

—No tenemos —declaró el mozo—. Sólo franceses.

—Bueno. Entonces un paquete de Laurens, verde.

—Verde tampoco tenemos. Sólo azul.

Ravic observó el antebrazo del mozo, sobre el que estaba tatuada una mujer desnuda caminando sobre nubes. El mozo siguió

la mirada, cerró el puño y aflojó el músculo del brazo. La mujer bailó impudicamente con el vientre.

—Entonces, azul —dijo Ravic.

El mozo sonrió con sarcasmo.

—Tal vez todavía tengamos verde.

Y se escurrió.

Ravic lo siguió con la mirada.

—Babuchas rojas —dijo— y una bailarina del vientre. Debe de haber servido en la Marina turca.

La mujer colocó las manos sobre la mesa. Lo hizo como si no quisiera levantarlas nunca más. Las manos estaban cuidadas; pero eso no significaba nada. Tampoco lo estaban mucho. Ravic notó que la uña del dedo medio de la mano derecha estaba rota, tal vez quebrada, y que no había sido limada. En algunos puntos, el esmalte había saltado.

El mozo trajo las copas y el paquete de cigarrillos.

—Laurens verde. Encontré todavía uno.

—Ya lo suponía. ¿Estuvo en la Marina?

—No, en el circo.

—Mejor.

Ravic alcanzó la copa a la mujer.

—¡Aquí está! Beba esto. Es lo mejor a esta hora, ¿o prefiere café?

—No.

—Bébalo de un solo trago.

La mujer inclinó la cabeza afirmativamente y vació su copa. Ravic la contempló. Tenía el rostro apagado y macilento, casi sin expresión. Sus labios eran carnosos, pero pálidos; sus contornos parecían borrosos y sólo el cabello era espléndido: de un color rubio natural, luminoso. Llevaba una boina, y debajo del impermeable un *tailleur* azul. El traje parecía confeccionado por un buen sastre, pero la piedra verde del anillo de su mano era demasiado grande para no ser falsa.

—¿Quiere otra? —preguntó Ravic.

Ella contestó afirmativamente.

Ravic hizo una señal al mozo.

—Otros dos calvados, pero en copas más grandes.

—¿Copas más grandes? ¿Y también más adentro?

—Entonces dos calvados dobles.

—Adivinó.

Ravic resolvió vaciar rápidamente su copa y luego marcharse. Se aburría y estaba muy cansado. Por lo general mostraba mucha paciencia ante los contratiempos; tenía a sus espaldas cuarenta años de vida borrascosa. Pero conocía demasiadas situaciones como ésta. Vivía desde hacía unos años en París y por la noche dormía poco; había, pues, mucho para ver.

El mozo trajo las copas. Ravic tomó una del fuerte y aromático aguardiente y la puso cuidadosamente delante de la mujer.

—Beba también ésta. No ayuda mucho, pero calienta. Y cualquier cosa que usted tenga no le dé demasiada importancia. Pocas cosas hay que sigan siendo importantes por mucho tiempo.

La mujer lo miró. No bebió.

—Es así —prosiguió Ravic—. De noche especialmente. La noche exagera.

La mujer seguía mirándolo.

—No tiene por qué consolarme —dijo luego.

—Mejor así.

Ravic buscó al mozo. Estaba harto. Conocía ese tipo de mujeres. «Rusa, probablemente», pensó. No bien llegaban a un lugar, todavía mojadas, ya empezaban a encabritarse.

—¿Es usted rusa? —inquirió.

—No.

Ravic pagó y se levantó para despedirse. Ella se levantó al mismo tiempo. Lo hizo sin hablar y con naturalidad. Ravic la miró perplejo. «Bien —pensó—, entonces podré despedirme igualmente fuera».

Había empezado a llover. Ravic se detuvo delante de la puerta.

—¿En qué dirección va usted? —Estaba decidido a tomar la dirección opuesta.

—No sé. A cualquier parte.

—¿Dónde vive?

La mujer hizo un movimiento rápido.

—¡Allí no puedo ir! ¡No! ¡No puedo hacer eso! ¡Allí no!

Sus ojos se llenaron repentinamente de salvaje terror. «Habría reñido —pensó Ravic—. Alguna disputa y se escapó a la calle. Mañana a mediodía lo habrá pensado mejor y volverá».

—¿No conoce alguien a cuya casa pueda ir? ¿Alguna amiga? Puede hablarle por teléfono desde la taberna.

—No, nadie.

—Sin embargo, a alguna parte tendrá que ir. ¿No tiene dinero para pagar una habitación?

—Sí, claro.

—Entonces vaya a un hotel. Hay muchos por aquí, en las calles laterales.

La mujer no contestó.

—A alguna parte tiene que ir, sin embargo —insistió Ravic con impaciencia—. No puede quedarse bajo la lluvia, en la calle.

La mujer se arrebujó más en su impermeable.

—Tiene razón —repuso, como si al fin hubiese tomado una decisión—. Tiene perfecta razón. Gracias. No se preocupe más por mí. A algún lado llegaré. Gracia. —Cerró el cuello del impermeable con una mano—. Gracias por todo.

Miró a Ravic de pies a cabeza con mirada dolorida y trató de sonreír; pero no lo logró. Luego se alejó bajo la llovizna, sin vacilar, con paso silencioso.

Ravic permaneció en suspenso un instante. «¡Maldición!», refunfuñó, sorprendido e indeciso. No sabía qué era lo que le ocurría —si la desesperada sonrisa, o la mirada, o la calle vacía, o

la noche—; sólo sabía que no dejaría ir sola a aquella mujer que, en ese momento allí, en medio de la neblina, parecía un niño extraviado.

La siguió.

—¡Venga conmigo! —le dijo ásperamente—. Ya encontraremos algo para usted.

Llegaron hasta la Etoile. La plaza se extendía delante de ellos, bajo la llovizna grisácea, poderosa e infinita. La niebla era más densa y las calles que se abrían en torno ya no eran visibles. Quedaba únicamente la amplia plaza con los raros y tristes globos del alumbrado, y la bóveda de piedra del arco que se desvanecía agitando en la niebla como sosteniendo el cielo melancólicamente, y amparando debajo de ella la solitaria y pálida llama que brilla sobre la Tumba del Soldado Desconocido, semejante a la última tumba de la humanidad, en la noche del abandono.

Cruzaron oblicuamente toda la plaza. Ravic marchaba con paso rápido. Se sentía demasiado cansado para pensar. Oía a su lado los pasos fatigados y amortiguados de la mujer, que lo seguía calladamente, con la cabeza gacha y las manos metidas en los bolsillos del impermeable. Una pequeña y extraña llama de vida. Y, de repente, en la soledad inmensa de la plaza le pareció por un momento, aun sin saber nada de ella y precisamente por esto, que, de forma inexplicable, aquella mujer le importaba. Le era extraña, como él mismo se sentía, siempre y en cualquier lugar, extraño. Y le pareció que esto la acercaba a él, singularmente más que las muchas palabras o la costumbre desgastadora del tiempo.

★ ★ ★

Ravic vivía en un pequeño hotel, en una calle lateral de la avenida Wagram, detrás de la plaza de Ternes. Era un viejo caserón bastante ruinoso y que tenía una sola cosa nueva: la enseña sobre la entrada, con la inscripción: «HOTEL. INTERNACIONAL».

Tocó el timbre.

—¿Tienen todavía alguna habitación libre? —preguntó al vigilante que le abrió.

El joven lo miró, atontado por el sueño.

—El portero no está —balbuceó finalmente.

—Ya lo sé. Te preguntaba si todavía hay alguna habitación vacía.

El muchacho se encogió de hombros con desesperación. Veía a Ravic acompañado por una mujer joven, pero no comprendía para qué quería otra habitación. No era para eso, según su experiencia, para lo que uno llevaba mujeres consigo.

—La patrona duerme. Me va a despedir si la despierto —dijo, y se rascó con el pie.

—Bueno. Entonces tendremos que ir nosotros mismos a ver.

Dio al muchacho una propina, tomó su llave y precedió a la mujer por la escalera. Antes de abrir su habitación, inspeccionó la puerta vecina. No había zapatos delante. Golpeó dos veces. Nadie contestó. Con cautela trató de hacer girar el pestillo. La puerta estaba cerrada.

—Ayer estaba vacía —murmuró—. Vamos a ver también por el lado de fuera. La habrá cerrado la patrona temiendo probablemente que las chinches se le escapen.

Abrió su puerta.

—Tome asiento un momento —dijo, indicándole un sofá rojo de crin—. Volveré enseguida.

Abrió una puerta ventana que daba a un estrecho balcón de hierro. Trepó por la reja de separación, pasando a la parte de al lado, y trató de abrir la puerta. También ésta estaba cerrada. Resignado, regresó a su habitación.

—No es posible. No puedo procurarle aquí ningún alojamiento.

La mujer se había sentado en un extremo del sofá.

—¿Puedo quedarme sentada aquí un momento?

Ravic la observó atentamente. Su rostro estaba desencajado por el cansancio. Daba la impresión de que a duras penas podría levantarse.

–Puede quedarse –dijo.

–Sólo un momento...

–Puede dormir aquí. Es lo más sencillo.

La mujer pareció no oírlo. Movía lenta, casi automáticamente, la cabeza.

–Hubiera podido dejarme en la calle. Ahora... creo que ya no puedo más.

–Yo también lo creo. Puede quedarse aquí y dormir. Es lo mejor. Mañana veremos.

La mujer lo miró.

–No quiero...

–¡Dios mío! –exclamó Ravic–. Sinceramente, usted no me molesta. No es la primera vez que alguien pasa la noche aquí por no saber adónde ir. Éste es un hotel en el que viven refugiados. De modo que casi todos los días ocurre algo semejante. Puede usar la cama. Yo dormiré en el sofá. Ya estoy acostumbrado.

–¡No, no...! Puedo quedarme sentada aquí. Con sólo poder quedarme sentada es suficiente.

–Bien. Como quiera.

Ravic se quitó el sobretodo y lo colgó. Luego tomó una manta y una almohada de la cama y arrimó una silla hasta el sofá. Fue en busca de un albornoz y lo colgó sobre la silla.

–Así –dijo–. Esto se lo puedo dar. Si quiere, puede usar también un pijama. Allí en el cajón hay algunos. Ya no me ocuparé más de usted. Puede usar el baño ahora. Yo tengo algo que hacer aquí todavía.

La mujer movió la cabeza.

Ravic se paró delante de ella.

–El impermeable se lo vamos a quitar –dijo–. Está bastante mojado. Y deme la boina también. Así.

Ella le entregó las prendas. Él puso la almohada en un extremo del sofá.

—Esto es para la cabeza. La silla aquí, para que no se caiga mientras duermes. —La arrimó contra el sofá—. Y ahora también los zapatos. Empapados, naturalmente. Buenos para un resfriado.

Se los quitó, sacó de un cajón un par de calcetines de lana y se los calzó.

—Así, ahora ya está pasable. En tiempos críticos hay que preocuparse un poco por la comodidad. Vieja regla militar.

—Gracias —dijo la mujer—, gracias.

Ravic entró en el cuarto de baño y abrió los grifos. El agua corrió en el lavabo. Se desanudó la corbata y se miró distraído en el espejo. Ojos escrutadores, profundamente hundidos en la sombra de las órbitas; rostro enjuto, muerto de cansancio, a no ser por los ojos; labios un tanto caídos por los surcos marcados desde la nariz hasta la boca y, sobre el ojo derecho, la larga cicatriz quebrada que se perdía en el cabello.

En medio de sus meditaciones oyó sonar el teléfono.

—¡Maldición!

Por espacio de un segundo se había olvidado de todo. Solía tener momentos de ensimismamiento como ése. Y además allí, al lado, estaba la mujer.

—¡Voy! —exclamó—. ¿Asustada? —Descolgó el receptor—. ¿Qué...? Sí... Bien... Sí... Naturalmente, enseguida... Sí... Voy a ir... Sí. ¿Adónde...? Bien, voy enseguida. Café caliente, cargado. Sí.

Colgó con mucha precaución el receptor y se quedó sentado algunos segundos, meditando, en el respaldo del sofá.

—Tengo que irme —dijo luego—. Urgentemente.

La mujer se puso en pie durante un segundo. Se tambaleó un poco y se agarró a la silla.

—¡No, no...! —Ravic se sintió instantáneamente conmovido ante esa dócil solicitud—. Puede quedarse aquí. Duerma. Tengo que irme por una, dos horas; no sé cuántas... Quédese tranquila.

Se puso el sobretodo. Tuvo un pensamiento fugaz. Enseguida lo olvidó. La mujer no robaría; no era el tipo. A esas las conocía demasiado bien. Tampoco había mucho que robar.

Estaba ya casi en la puerta cuando la mujer preguntó:

—¿Puedo acompañarlo?

—No, es imposible. Quédese aquí. Utilice todo lo que necesite. La cama también, si quiere. El coñac está allí. Duérmase...

Se dio la vuelta.

—¡Deje la luz encendida! —dijo la mujer de repente y con precipitación.

Ravic soltó el pestillo.

—¿Miedo? —preguntó.

Ravic le indicó la llave.

—Cierre la puerta en cuanto yo salga. Saque la llave. Abajo hay otra con la que podré entrar.

Ella sacudió la cabeza.

—No es eso, pero deje la luz encendida, por favor.

—¡Ah! Bueno. —Ravic la miró atentamente—. De todas maneras no quería apagarla. Déjela encendida. Sé lo que es eso. Yo también he tenido períodos así.

★ ★ ★

En la esquina de la calle de las Acacias se le acercó un taxi.

—Lléveme a la calle Lauriston número 14, rápido.

El chófer dio la vuelta y dobló por la avenida Carnot. Cuando cruzaban la avenida de la Grande Armée, apareció, a toda velocidad, por la derecha, un pequeño coche de dos asientos. Los dos automóviles hubieran chocado si la calzada no hubiera estado tan mojada y tan lisa. Fue así como la *voiturette*, al frenar, patinó hacia el centro de la calle, yendo a pararse justo delante del radiador del taxi. El cochecito giró como una calesa. Era un Renault, modelo pequeño, ocupado por un hombre que llevaba lentes y

un sombrero negro de copa. En cada vuelta se veía su cara blanca, indignada. Luego el automóvil se estabilizó y se dirigió hacia el Arco, al final de la avenida, como si marchara contra la gigantesca puerta del Hades..., semejante a un pequeño insecto verde, desde el cual un puño pálido salía amenazando al cielo nocturno.

El chófer del taxi se volvió.

—¿Vio usted alguna vez algo parecido?

—Sí —respondió Ravic.

—Pero ¿con semejante sombrero? ¿Por qué tanto correr, con semejante sombrero, y de noche?

—Estaba en su derecho al hacerlo. Iba por la calle principal. ¿Por qué blasfema?

—Naturalmente que tenía derecho. Y por eso justamente blasfemo.

—¿Y qué haría si la culpa hubiese sido de él?

—Yo... blasfemaría también.

—Parece que usted trata de no complicarse la vida.

—Blasfemaría de otra manera —explicó el chófer, y dobló por la avenida Foch—. Con menos asombro, ¿me entiende?

—No. Vaya más despacio en las esquinas.

—Eso quisiera hacer de cualquier manera. Maldita porquería de calle. Pero ¿por qué me lo pregunta si después no quiere oír nada?

—Porque estoy cansado —contestó Ravic con impaciencia—. Porque es de noche. Por mí también, porque no somos más que chispas en poder de un soplo desconocido. Siga adelante.

—Esto es otra cosa. —El chófer tocó su gorra con la punta de los dedos, con cierto respeto—. Esto sí que lo entiendo.

—Diga —inquirió Ravic, a quien asaltó una sospecha—, ¿es usted ruso?

—No, pero leo de todo mientras espero pasajeros.

«No tengo suerte hoy con los rusos —pensó Ravic. Apoyó la cabeza atrás—. Café —pensó—. Café muy caliente y cargado. Ten-

drán suficiente, espero. Mis manos deberán estar malditamente tranquilas. De otra manera, beber tendrá que darme una inyección. Pero estarán».

Bajó el cristal de una ventanilla y aspiró lenta y profundamente el aire húmedo.

CAPÍTULO II

La pequeña sala de operaciones estaba iluminada como si fuera de día. Parecía una carnicería higiénica. Baldes con algodones empapados en sangre estaban en derredor; aquí y allá se hallaban diseminados vendas y tapones, y el rojo de la sangre clamaba alegremente en contraste con toda esa blancura. Veber estaba sentado en la antesala, delante de una mesa de acero barnizada, y tomaba apuntes; una enfermera esterilizaba los instrumentos; el agua borboteaba, la llama parecía silbar, y únicamente el cuerpo colocado sobre la mesa yacía indiferente: a él todo eso ya no le importaba.

Ravic hizo correr el jabón líquido sobre sus manos y comenzó a lavarse. Se lavó con saña, como si quisiera desollarse.

—¡M...! —murmuró entre dientes—. ¡Condenada, maldita m...!

La asistente lo miró con repugnancia. Veber alzó la vista.

—¡Calma, Eugénie! Todos los cirujanos maldicen. Especialmente cuando algo salió mal. Debería estar usted acostumbrada.

La enfermera echó un puñado de instrumentos en el agua hirviendo.

—El profesor Perrier nunca imprecaba —declaró ofendida—. Y, no obstante, salvó muchas vidas.

—El profesor Perrier era especialista en operaciones del cerebro. La más sutil mecánica de precisión, Eugénie. Nosotros cortamos los vientres. Es otra cosa. —Veber terminó sus anotaciones y se levantó—. Buen trabajo, Ravic. Pero contra los medicastros no se puede, al fin y al cabo, hacer nada.

—Sí..., a veces se puede.

Ravic se secó las manos y encendió un cigarrillo. La enfermera abrió una ventana con muda desaprobación.

—¡Bravo, Eugénie! —elogió Veber—. Siempre conforme con el reglamento.

—Tengo obligaciones en la vida. ¡No me agradaría volar!

—Muy bien, Eugénie. Y muy tranquilizador.

—Unos no las tienen y otros no las quieren.

—¡Eso es para usted, Ravic! —Veber rio—. Es mejor que nos eclipsemos; Eugénie está por la mañana muy agresiva. De todos modos aquí no hay nada más que hacer.

Ravic se dio la vuelta. Miró a la enfermera que tenía obligaciones. Ella devolvió sin temor la mirada. Los anteojos de montura niquelada conferían a su rostro helado un aire inexpresivo. Era un ser humano como él, pero la consideraba más extraña que un árbol.

—Discúlpeme —dijo—. Usted tiene razón.

Sobre la mesa blanca yacía lo que un par de horas antes era todavía esperanza, aliento, dolor y vida vibrante. Ahora era solamente un cadáver sin sentimientos, y aquel autómatas humano, llamado la enfermera Eugénie, que nunca había cometido una falta, lo cubrió y se lo llevó en la camilla. «Son los eternos supervivientes —pensó Ravic—; la vida no quiere a estas almas de piedra, por eso las olvida y las deja vivir».

—Hasta la vista, Eugénie —dijo Veber—. Duerma a su gusto, hoy.

—Hasta la vista, doctor Veber. Gracias, doctor.

—Hasta la vista —dijo Ravic—. Perdona mis palabrotas.

—Buenos días —contestó glacialmente Eugénie.

Veber sonrió.

—Un carácter de acero.

La madrugada era gris. Los carros de recolección de desperdicios pasaban rechinando por las calles. Veber alzó el cuello de su abrigo.

—¡Qué tiempo más asqueroso! ¿Quiere que lo lleve, Ravic?

—No, gracias. Prefiero caminar.

—¿Con este tiempo? Puedo llevarlo; apenas si alargo el camino.

Ravic negó con la cabeza.

—Gracias, Veber.

Veber lo contempló detenidamente.

—Es raro. Usted todavía se excita cuando alguien se le queda bajo el bisturí. Sin embargo, son ya quince años que está usted en esto y lo conoce.

—Sí. Lo conozco. Y en efecto, no me agito.

Veber se hinchó como pavoneándose delante de Ravic. Su amplio rostro redondo resplandecía como una manzana normanda. Los bigotes negros, bien cortados, estaban mojados por la lluvia y brillaban. En la acera estaba un Buick, que también resplandecía. En él, Veber viajaría cómoda y rápidamente hasta su casa, una casa de muñecas, de color de rosa, ubicada en los suburbios, en cuyo interior había una mujer limpia y resplandeciente, con dos niños limpios y resplandecientes, con una existencia limpia y resplandeciente. Cómo explicarle algo de aquella tensión jadeante que asalta al colocar el cuchillo para el primer corte, al que sigue bajo la ligera presión esa delgada marca roja de sangre, cuando el cuerpo, bajo las agujas y las grapas, se despliega como un cortinaje, liberando órganos que nunca han visto la luz, cuando, como el cazador que sigue una huella en la selva, imprevistamente, uno se encuentra —entre tejidos destruidos, grumos, excrescencias, dilaceraciones— frente a aquella gran fiera: ¡la muerte! ¿Cómo era posible explicarle esa lucha, en la que no puede utilizarse más que una delgada hoja y aguja, así como una mano inmensamente segura, o el significado, en medio de aquella blancura deslumbrante y de aquella suprema concentración, del repentino deslizarse de una sombra negra en la sangre —escarnio imponente— que parece embotar el filo del

bisturí, volver la aguja quebradiza y la mano pesada? Cuando aquella vida invisible, misteriosa, pulsativa, desaparecía entre las manos impotentes, se descomponía, vestida de un espectral torbellino negro que no podía ser alcanzado ni detenido; cuando un rostro que hacía poco respiraba y era un yo, y llevaba un nombre, se transformaba en una máscara anónima, rígida... Aquella impotencia, sin sentido, rebelde..., ¿cómo era posible explicársela...? ¿Y qué había en eso que explicar?

Ravic encendió otro cigarrillo.

—Veintiún años tenía eso —dijo.

Veber secó con su pañuelo las gotas brillantes de sus bigotes.

—Usted trabajó magníficamente; yo no podría hacerlo. Que no se podía salvar lo que echó a perder una curandera es algo que a usted no debe importarle. ¿Adónde iríamos a parar si pensáramos de otra manera?

—Sí —dijo Ravic—. ¿Adónde iríamos a parar?

Veber se metió el pañuelo en el bolsillo.

—Después de todo lo que le ha pasado a usted debería estar malditamente endurecido.

Ravic lo miró con un asomo de ironía.

—Nunca se endurece uno. Sólo es posible acostumbrarse a muchas cosas.

—Así lo creo.

—Sí. Pero a otras, nunca. Pero es difícil hallar esto. Supongamos que haya sido el café. A lo mejor ha sido el café lo que me mantuvo tan despierto y lo confundimos con excitación.

—El café era bueno, ¿no?

—Muy bueno.

—Entiendo algo de preparar café. Tuve la idea de que usted lo necesitaría; por eso lo hice yo mismo. Era otra cosa que aquel líquido negro que prepara generalmente Eugénie, ¿eh?

—No tiene comparación. Para preparar café, usted es un maestro.

Veber subió a su coche. Arrancó y se asomó a la ventanilla.
—¿De verdad no quiere que lo acompañe? Debe de estar terriblemente cansado.

«Es como una foca —pensó Ravic, ausente—. Se parece a una foca llena de salud. Pero esto ¿qué quiere decir? ¿Por qué se me ocurre? ¿Para qué estar siempre pensando doble?».

—No estoy cansado —contestó—. El café me despertó. Que duerma bien, Veber.

Veber se rio. Sus dientes relucían bajo los bigotes negros.

—No voy a dormir. Voy a mi jardín, a trabajar. A plantar tulipanes y narcisos.

«Tulipanes y narcisos —pensó Ravic—. En cuadros bien medidos, entre caminos limpios y cubiertos de piedrecillas. Tulipanes y narcisos, tormenta color de rosa y de oro de la primavera».

—Hasta luego, Veber —dijo—. Se encargará usted seguramente de todo lo demás.

—Por supuesto. Lo llamaré todavía por la noche. Los honorarios serán bajos, desgraciadamente. Apenas dignos de mención. La joven era pobre y presumiblemente sin parientes. Eso ya lo veremos.

Ravic hizo un movimiento de repulsa.

—Entregó cien francos a Eugénie. Todo lo que poseía, al parecer. Veinticinco serán para usted.

—Bien, bien —repuso Ravic con impaciencia—. Hasta siempre, Veber.

—Hasta luego; hasta mañana por la mañana, a las ocho.

Ravic prosiguió lentamente a lo largo de la calle Lauriston. Si hubiese sido verano, se habría sentado en un banco en el Bois, bajo el sol matutino, dejando errar la mirada por el agua y el bosque verde, hasta que hubiese cedido la tensión. Luego se habría hecho conducir al hotel y se habría echado a dormir.

Entró en un cafetín, en la esquina de la calle Boissière. Algunos obreros y chóferes de camiones estaban delante del mostrador.

dor. Bebían café caliente, en el que mojaban bizcochos. Ravic los observó un rato. Aquí había vida segura, sencilla existencia, trabajo con los puños hasta agotar las fuerzas, cansancio por la noche, comida, mujer y dormir pesado y sin sueños.

—Un *kirsch* —pidió.

La muchacha agonizante llevaba alrededor del pie derecho una cadena estrecha, barata, chapada en oro; una de esas necedades de las que se es capaz sólo cuando se es joven, sentimental y falto de buen gusto. Una cadena con una pequeña chapa y la inscripción «Toujours Charles» forjada alrededor del pie, de manera que no se pudiese quitar. Una cadena que relataba una historia de domingos en los bosques a orillas del Sena, de enamoramiento y juventud disparatada, de algún pequeño joyero en alguna parte de Neuilly, de noche de septiembre en una buhardilla; luego, de repente, llegó la supresión, la espera, el miedo; *Toujours Charles* que no daba señal de vida, la amiga que conocía una dirección, la partera en algún lugar, una mesa cubierta de hule, dolor desgarrador y sangre, sangre; un rostro de vieja, alterado, brazos que empujan apresuradamente en un taxi para deshacerse de uno; días de tormento y de ocultamiento, y, finalmente, el traslado al hospital, los últimos cien francos apretados en una mano ardiente y húmeda, y esto; demasiado tarde.

La radio empezó a chillar un tango, acompañando a una voz nasal que cantaba versos idiotas. Ravic se sorprendió repasando una vez más toda la operación. Fiscalizó cada movimiento. Algunas horas antes, tal vez, habría existido alguna posibilidad. Veber le había hecho telefonar. No estaba en el hotel. De modo que la joven había tenido que morir porque él estaba vagando alrededor del Pont de L'Alma. Veber no podía hacer tales operaciones. La locura de la casualidad. El pie con la cadena dorada, flojo, torcido para adentro... «Ven a mi barba, brilla la luna llena», lloriqueaba el tenorcito, en falsete.

Ravic pagó y se marchó. Fuera, detuvo a un taxi.

—Lléveme al Osiris.

El Osiris era un burdel grande y burgués, con un enorme bar de estilo egipcio.

—Estamos a punto de cerrar —le dijo el portero—. No hay ya nadie aquí.

—¿Nadie?

—Sólo *madame* Rolande. Las señoritas se fueron todas.

—Bien.

El portero golpeaba, malhumorado, con sus chanclos sobre el adoquinado.

—¿No quiere hacer esperar al coche? Más tarde no encontrará tan fácilmente otro. Aquí está cerrado.

—Ya me lo dijo una vez. Ya encontraré algún taxi.

Ravic metió un paquete de cigarrillos en el bolsillo del portero y entró, pasando por una puerta angosta por delante del guardarropa, en la gran sala. El bar estaba vacío; producía el efecto acostumbrado de un pequeño festín burgués: risas por el vino derramado, algunas sillas derribadas, colillas de cigarrillos en el piso y olor a tabaco, a perfume dulzarrón y a epidermis.

—Rolande —dijo Ravic.

Estaba sentada delante de una mesa sobre la que había un montón de ropa interior de seda.

—Ravic —contestó ella sin asombrarse—. Es tarde. ¿Qué quieres? ¿Una muchacha o algo que tomar? ¿O las dos cosas?

—Vodka. Polaco.

Rolande trajo la botella y una copa.

—Sírrete tú mismo. Tengo todavía que ordenar la ropa y anotarla. El coche de la lavandería está por llegar. Si no lo apunto todo, esa pandilla roba como una bandada de urracas. Los chóferes, ¿entiendes? Para regalarlo a sus novias.

Ravic inclinó la cabeza.

—Deja tocar la música, Rolande; fuerte.

—Bueno.

Rolande abrió el contacto. La música tronó con timbales y batería en la sala alta y vacía, como una tormenta.

—¿Demasiado fuerte, Ravic?

—No.

¿Demasiado fuerte? ¿Qué era demasiado fuerte? Sólo el silencio. El silencio en el cual se reventaba como en un espacio vacío de aire.

—Terminado.

Rolande se acercó a la mesa de Ravic. Tenía cuerpo macizo, rostro apacible y ojos negros, serenos. El vestido negro, puritano, que llevaba la calificaba de celadora; la diferenciaba de las casi desnudas prostitutas.

—Toma algo conmigo, Rolande.

—Bueno.

Ravic tomó una copa del bar y sirvió. Rolande le detuvo la botella cuando el vaso estuvo a medio llenar.

—¡Basta! No tomo más.

—Las copas medio llenas son horribles. Deja lo que no quieras.

—¿Por qué? Sería un derroche.

Ravic alzó la vista. Vio el rostro formal y sensato, y sonrió.

—¡Derroche! La antigua preocupación francesa. ¿Para qué ahorrar? Contigo tampoco se economiza.

—Esto aquí es el negocio. Aquello es otra cosa.

Ravic se rio.

—¡Brindemos por aquello! ¿Qué sería el mundo sin la moral del negocio? Mundo de delincuentes, idealistas y haraganes.

—Necesitas una muchacha —dijo Rolande—. Podría telefonear a Kikí. Es buena. Tiene veintiún años.

—¡Ah! Sí. También veintiún años. Hoy eso no es para mí.

—Ravic llenó otra vez su copa—. ¿En qué piensas, Rolande, antes de dormirte?

—Por lo general, en nada absolutamente. Me siento demasiado cansada.

—¿Y cuando no estás demasiado cansada?

—En Tours.

—¿Por qué?

—Una tía mía posee allí una casa con tienda en la planta baja. La he hipotecado dos veces. Cuando muera (tiene setenta y seis años) conseguiré la casa. Entonces transformaré la tienda en café. Paredes claras con flores; orquesta, tres ejecutantes: piano, violín y violoncello; en el fondo, el bar. Pequeño y bonito. La casa está en un buen barrio. Creo que podré instalarlo todo con nueve mil quinientos francos, con los cortinajes y las lámparas también. Quiero guardar cinco mil, como reserva, para los primeros tiempos. Y, naturalmente, los alquileres del primer y del segundo piso. En eso pienso.

—¿Naciste en Tours?

—Sí. Pero nadie sabe dónde estuve desde entonces. Y si el negocio marcha, a nadie le importará tampoco. El dinero todo lo cubre.

—Todo no, pero mucho.

Ravic sintió detrás de su frente la pesadez que alejaba cada vez más la voz.

—Creo que tengo bastante —dijo, y sacó algunos billetes del bolsillo—. ¿Te casarás en Tours, Rolande?

—Enseguida no, pero sí dentro de algunos años. Tengo allí un amigo.

—¿Vas allí alguna vez?

—Raramente. A veces me escribe. A otra dirección, claro. Está casado, pero su mujer está en el hospital. Tuberculosis. A lo sumo uno o dos años le quedarán todavía, dicen los médicos. Entonces será libre.

Ravic se puso de pie.

—Dios te bendiga, Rolande. Tienes un excelente sentido común.

Ella sonrió sin desconfianza. Pensaba que él tenía razón. Su cara serena no mostraba huella alguna de cansancio. Estaba fresca,

como si se hubiese acabado de levantar. Sabía lo que quería. La vida no tenía secretos para ella.

Y era pleno día. Había parado de llover. Los *pissoirs* se alzaban en las esquinas como pequeñas torres blindadas. El portero había desaparecido. Desvanecida la noche y comenzado el día, multitud de gente apresurada se empujaba ante las entradas del metro, semejantes a hoyos cavados en la tierra, dentro de los que se precipitaban para ofrendarse a una divinidad oscura.

La mujer se levantó del sofá sobresaltada. No gritó. Se levantó tan sólo con un rumor imperceptible, reprimido; se apoyó sobre los codos y quedó inmóvil.

—Calma, calma —dijo Ravic—. Soy yo. El mismo que hace un par de horas la trajo aquí.

La mujer respiró de nuevo. Ravic la veía sólo vagamente; la luz de las lamparillas eléctricas encendidas y el alba, que se colaba por la ventana, se fusionaban en una luz amarillenta y enfermiza.

—Creo que podemos apagar ahora —dijo Ravic, haciendo girar el conmutador.

Sentía nuevamente los suaves martilleos de la ebriedad detrás de las sienes.

—¿Quiere tomar el desayuno? —preguntó.

Se había olvidado de la mujer y luego había pensado, al tomar la llave, que ya se habría marchado. Se hubiera desembarazado gustosamente de ella. Había bebido bastante: el telón de su conciencia estaba levantado; las cadenas del tiempo se habían quebrado y lo rodeaban, resueltos e intensos, los recuerdos y los sueños. Quería estar solo.

—¿Quiere café? —preguntó—. Es lo único bueno que hay aquí.

La mujer sacudió la cabeza. La observó más atentamente.

—¿Sucedió algo? ¿Vino alguien, aquí?

—No.

—Pero algo ha ocurrido, sin embargo. Me está mirando como a un fantasma.

La mujer movió los labios.

—Ese olor —dijo entonces.

—¿Olor? —repitió Ravic, sin comprender—. El vodka, sin embargo, no huele. El *kirsch* y el brandi, tampoco. Y cigarrillos, los fumó usted también. ¿Qué hay en eso para asustarse?

—No quiero decir eso...

—¿Qué, entonces? ¡Dios mío!

—Es el mismo..., el mismo olor...

—¡Santo cielo, será el éter! —exclamó Ravic, que, de repente, recordó—. ¿Es el éter?

Ella asintió con la cabeza.

—¿La operaron alguna vez?

—No..., es...

Ravic no prestó más atención. Abrió la ventana.

—Pasará enseguida. Fume un cigarrillo, entretanto.

Entró en el cuarto de baño y abrió los grifos. Vio su rostro en el espejo. Ya se había quedado así un par de horas antes. Mientras tanto, un ser humano había muerto. No había nada extraordinario en ello. A cada instante morían millares de seres. Existían estadísticas al respecto. Nada extraordinario había en ello. Pero para el que se moría lo era todo, y mucho más importante que el universo entero, que seguía su curso.

Se sentó sobre el borde de la bañera y se quitó los zapatos. Todo quedaba siempre igual. Las cosas y su muda coacción. La trivialidad, la estúpida costumbre, en un mundo que se esfuma como un fuego fatuo. La ribera florida del corazón, a orillas del río del amor; pero fuese quien fuese, poeta, semidiós o idiota, cada par de horas lo sacaban a uno de su paraíso para orinar. ¡No había escapatoria! Ironías de la naturaleza. El romántico arco iris encima de los reflejos glandulares, y el remolino de la digestión. Los órganos del éxtasis diabólicamente formados de manera si-

multánea para la secreción. Ravic tiró los zapatos en un rincón. ¡Maldita costumbre la de desvestirse! Hasta de eso no había manera de escaparse. Únicamente quien vivía solo lo concebía. Cualquiera maldito apego llevaba en sí una obligación. Había dormido a menudo con el traje puesto, para evadirla, pero no era más que un aplazamiento. No había manera de escaparse.

Abrió la ducha. El agua fresca corrió sobre su epidermis. Aspiró profundamente y se secó. El consuelo de las cosas pequeñas. Agua, respiración, lluvia de la noche. Únicamente quien estaba solo las conocía tan bien. Epidermis agradecida. Sangre ligeramente palpitante en las arterias oscuras. Estar echado en un prado. Abedules, blancas nubes veraniegas. El paraíso de la juventud. ¿Dónde habían quedado las aventuras del corazón? Muertas a golpes por las tristes aventuras de la existencia.

Volvió al dormitorio. La mujer estaba acurrucada en un extremo del sofá, con la manta arrollada hasta el cuello.

—¿Frío? —preguntó.

Ella negó con la cabeza.

—¿Miedo?

Ella asintió.

—¿De mí?

—¿De fuera?

—Sí.

Ravic cerró la ventana.

—Gracias —dijo ella.

Miró la nuca que tenía delante. Hombros. Algo que respiraba. Un poquito de vida ajena, pero vida. Calor. Nada de cuerpo rígido. ¿Qué otra cosa podía conseguirse, sino un poco de calor? ¿Y qué más había?

La mujer se movió. Temblaba. Miró a Ravic. Éste sintió cómo la ola refluyó. Llegó la profunda frescura sin pesadez. Vino la distensión. Era como si hubiese regresado de las tinieblas de otro planeta.

Todo se volvió, de pronto, simple; el alba, la mujer. Nada más había que pensar.

—Ven —dijo.

Ella lo miró fijamente.

—¡Ven! —repitió él, impaciente.